

Arquitectura, en Teoría¹

Jorge Francisco Liernur

El tema al que habré de referirme no es la Teoría de la Arquitectura. La inversión del orden de los términos, la coma y el cambio de preposición que componen el título de este texto quieren sintetizar mis perplejidades frente a este asunto. Es más, sabemos que cuando luego de una afirmación o antecediéndola agregamos “en teoría”, solemos querer expresar que esa afirmación no es firme o que no está anclada en la realidad.

Así, al decir “Arquitectura, en teoría”, enunciamos una condición problemática, una relación controversial de la idea de arquitectura con la existencia, con la esfera de las cosas y los hechos. Y si no hablaré de “Teoría de la Arquitectura” es porque no creo que exista ni que pueda existir, de una manera categórica, una “Teoría de la Arquitectura”.

Nombramos con la palabra Arquitectura un conjunto demasiado complejo de ideas, prácticas, instituciones, pericias, imágenes, historias, construcciones, objetos y materiales, como para suponer que ella es algo más que un significante que nos permite vagamente evocar ese conjunto o, más probablemente, algunos de sus aspectos. Solo la ilusión de unidad e inmediatez que da el sustantivo, y nuestra fe en la consistencia de las palabras, pueden hacernos creer que cuando decimos “arquitectura” estamos refiriéndonos una entidad tan identificable como cuando decimos “gato”, “Roma”, o “dolor”.

Pero si es necesario estar alertas y poner en cuestión la apariencia de unidad e incluso la existencia misma de lo que designamos como “Arquitectura”, deberíamos también cuidarnos de la aparente certidumbre que nos ofrece el otro sustantivo. Porque, ¿qué estaríamos queriendo decir con teoría en relación con esta disciplina?

Fue recién en 1673 cuando la palabra *théorie* fue utilizada por Claude Perrault para traducir el término que Vitrubio empleó en *Los diez libros sobre la Arquitectura: ratiocinatio*. Indra Kagis McEwen ha explicado muy bien la diferencia entre ambos: “en la antigua Grecia el campo semántico de θεωρία (*theôria*) y otros similares ha estado vinculado a la observación o al ver. *Theôria* refería literalmente a la mirada interrogadora, o metafóricamente a la contemplación, incluso al asombrarse frente a algo. (En el mundo romano) Cicerón es el único escritor latino que usa el término, y cuando lo hace (solo una vez)

¹ Texto leído en la conferencia “La teoría del proyecto: conversación entre Alberto Sato y Francisco Liernur”, llevada a cabo el 12 de marzo de 2025 en la Universidad Diego Portales, Chile.

escribe el término en griego”². Se trata de su *Tusculanae Disputationes*, donde escribe “Pues dado que en griego θεωρία significa contemplación, y el propio verbo lo indica, se ha dado este nombre a lo que es propio de los dioses: el ocio contemplativo”.

Vitrubio distinguía dos actividades de la arquitectura: *fabrica* y *ratiocinatio*. Definía a la *fabrica* como “una meditación continua y constante en el uso, que se lleva a cabo con las manos sobre un material de cualquier tipo con el propósito de darle forma”. Esta actividad estaba asociada a la transformación concreta de la materia. Es de notar que no excluía de ella el pensamiento (*meditatio*), sino que se refería a la preparación previa (lo que será el proyecto) que esa transformación requiere. Y definía la *ratiocinatio* como el “cálculo lógico o argumentación que es, en cambio, aquello que puede demostrar y explicar las cosas fabricadas mediante la proporción de la habilidad y la razón”.

¿Por qué es importante esta distinción entre *theôria* y *ratiocinatio*? Porque, proveniente de la retórica, para Vitrubio era la *ratiocinatio* en tanto “argumentación” lo que garantizaba la *autoritas* del arquitecto. Sin dominar la *ratiocinatio* los arquitectos serían incapaces de “explicar hasta que punto las cosas han sido hechas con oficio y cálculo”. En el sentido de Vitrubio deberíamos entonces entender que la arquitectura necesita de este momento de comprensión reflexiva, de ponderación de lo ya hecho, para presentarse ante la sociedad de una manera que supere la “continua y rutinaria práctica” que define a la *fabrica*.

Como hemos visto en la cita de McEwan, habitualmente se asocia el término *Theôria* al contemplar o imbuirse en una ceremonia religiosa. En el siglo IV a.C. Platón sintetizó esa experiencia de revelación en su imagen de la caverna. La *Theôria* es, en esa interpretación del término, la salida de la caverna, del mundo de las puras apariencias y la ignorancia, hacia la luz exterior de la verdad absoluta o de la Idea. Por eso los romanos postsocráticos tradujeron teoría como *contemplatio* dado que, como su nombre lo indica, la *con-templatio* era una operación mística de revelación llevada a cabo por los augures en los templos.

En las *Praeceptiones* de Hipócrates puede advertirse una diferenciación entre una reflexión acerca de las prácticas de la curación y un pensamiento dirigido a comprender las razones de la enfermedad. Pareciera que mientras, como hemos visto, la *meditatio* vitrubiana se refiere al pensamiento que organiza la praxis, a lo que actualmente llamaríamos proyecto, la *ratiocinatio* se correspondería más bien con el primer tipo de pensamiento hipocrático, con la particularidad de que mientras que el resultado de la práctica de la curación es evidente e indiscutible (el enfermo cura o no cura), el arquitecto necesita convencer no solamente acerca de la pertinencia técnica de sus soluciones sino además acerca de la cualidad estética —discutible— de sus resultados.

2 McEwan, Indra. (2005). *Vitruvius, or the hidden menace of theory. Auf der Suche nach einer Theorie der Architektur*. Material Verlag - HFBK Hamburg.

De modo que *Theôria* no parece corresponderse ni con la *meditatio* ni con la *raciotinatio*, sino más bien con el segundo tipo de aproximación hipocrática dirigida a reflexionar no sobre el objeto de la medicina —la práctica de la curación— sino sobre la medicina en sí misma.

La referencia a estos términos nos puede ayudar a abordar la cuestión en la condición contemporánea. Si aceptamos asociar la *meditatio* a la tarea del proyecto, es decir a la capacidad de organizar anticipadamente la configuración y el proceso de la obra de arquitectura, nos queda considerar el lugar que ocuparían los otros dos. Para eso es importante notar que Vitrubio en ningún momento alude a la *contemplatio* o *Theôria*. Vitrubio exigía en cambio que los arquitectos llevaran adelante simultáneamente la *fabrica* y la *ratiocinatio*. Sostenía que, de dedicarse solo a lo primero omitiendo lo segundo, “nunca [serían] capaces de alcanzar autoridad igual a la de su labor”.

Vimos que la idea de *ratiocinatio* estaba ligada a la retórica porque se trataba de argumentar para ganar autoridad. Es más, tan distante es la idea de *ratiocinatio* de la de teoría como aproximación a la Idea —esto es, a la Verdad—, que ambas podrían ubicarse en polos opuestos. En la retórica la *ratiocinatio* no tiene nada que ver con la verdad de la argumentación sino con la capacidad que esta tiene de conseguir su finalidad que es convencer al auditorio. Por eso el término fue explícitamente desarrollado por Quintiliano como asociado al efecto de énfasis. Según Vegge, para Quintiliano *ratiocinatio* “refiere a un tipo de amplificación en la cual el orador consigue que el tópico hable por sí mismo de manera que el auditorio pueda extraer por sí mismo la conclusión lógica que el orador busca”³.

Ahora bien, de acuerdo con la Real Academia Española proyectar (del latín *pro iectare*) quiere decir en su primera acepción “lanzar, dirigir hacia delante o a distancia”, y en su segunda acepción “idear, trazar o proponer el plan y los medios para la ejecución de algo”. De aquí que, el antónimo de proyectar es improvisar. Obviamente, el proyecto de una obra de arquitectura no es el único tipo de proyecto que existe. Un cirujano necesita proyectar una simple operación de apendicitis, debiendo coordinar una infraestructura básica de quirófano, colaboradores especializados como anestesiólogo, instrumentador quirúrgico y enfermeros, pruebas de laboratorio previas, imágenes diagnósticas, monitores de signos vitales, y una infinidad de otros imprescindibles detalles. Y un razonamiento similar aplica para el tratamiento de un caso en el ámbito jurídico, en la organización de una operación empresarial, y en las innumerables acciones humanas que no pueden “improvisarse” o dejarse llevar por impulsos espontáneos.

Resulta claro entonces que en el caso del proyecto —sea de arquitectura, de un film o de la defensa en un juicio— lo que corresponde, en términos vitruvianos, es la combinación de *meditatio* y *raciotinatio*, pues mientras que la primera organiza las acciones que habrán de realizarse, la

3 Vegge, Ivar. (2008). *2 Corinthians— a Letter about Reconciliation*. Tübingen: Möhr Siebeck.

segunda se hace cargo de la reflexión acerca del resultado de esas acciones una vez que estas se llevaron a cabo.

Por este motivo es que no creo que convenga hablar de “teoría del proyecto”. En primer lugar porque los dos sustantivos pertenecen a esferas intelectuales diferentes. Pero, además, porque en todo caso podrá hablarse de “estrategias” de abordaje del proyecto, con el sustantivo expresado en plural, dado que estas pueden ser cambiantes, pues dependerán de factores contingentes como la conformación de los equipos que las llevarán a cabo, la personalidad de el o los protagonistas, su prestigio profesional, los tiempos disponibles, el tipo de comitentes y el tipo de relaciones con ellos, y muchos otros.

En su libro *De la guerra*, Carl von Clausewitz escribió una sentencia que ilustra acerca de la flexibilidad —más que en la obstinación teórica— con la que en la práctica real de la arquitectura conviene abordar el proyecto para “triunfar”: “El general debe ser consciente en todo momento de que su plan solo es válido hasta que se enfrenta a la resistencia del enemigo”.

Por supuesto que con esto no estoy defendiendo un pragmatismo cínico. Simplemente porque, como dije al comienzo, no identifiqué la arquitectura con el proyecto. El proyecto es solo un momento de la actividad de un arquitecto. En términos vitruvianos, la acción de proyectar está muy lejos de estar determinada por la *Theôria*. Es la reflexión acerca de la arquitectura en tanto tal, como la Medicina en Hipócrates, lo que la requiere. Porque la arquitectura no es solo una profesión regida por *meditatio* y *raciocinatio*. A diferencia de la odontología, la física cuántica o la contabilidad, la arquitectura es una disciplina cuya finalidad máxima es la de contribuir a la construcción del ambiente en el que vive y mediante el cual se expresa la comunidad humana a lo largo del tiempo. Ese conjunto enormemente complejo de factores que determinan que el ejercicio de la arquitectura exige unos modos de abordaje que van mucho más allá del proyecto. Y ese abordaje solo puede darse en el plano de la *Theôria*, pero no entendida en su acepción platónica, sino ateniéndose a su significado presocrático inicial.

En la Grecia presocrática los *θεωροί* (*theōroí*) eran una suerte de embajadores que eran enviados desde sus lugares de origen a un sitio en el que tendría lugar un festival religioso, con el objeto de comprender los designios de los dioses⁴. Al regresar a su ciudad el *theoros* debía dar cuenta de su experiencia. El “ver” del *theoros* no refería solo a una actividad ocular. Era inmersivo, experiencial y de cierto riesgo, porque en ese contacto con otros participantes provenientes de todo el mundo panhelénico, sus concepciones originarias podían cambiar. La *Theôria* era ante todo un viaje transformador, no solo por el contacto con los Dioses, sino con los otros “extranjeros” participantes de las ceremonias rituales. En resumen, en esta interpretación presocrática originaria, la *Theôria* era el salir de

4 Acerca de esta interpretación me remito al estudio Nightingale, Andrea Wilson. (2004). *Spectacles of Truth in Classical Greek Philosophy*. Cambridge University Press.

un orden dado para ingresar a un orden mayor y más complejo, para luego regresar al orden inicial enriqueciéndolo. O, en otros términos, como resultado de ese viaje de ida y vuelta entre el pequeño mundo de su ciudad y la compleja experiencia del festival, el *theoros* se convertía en otro y, en consecuencia, en un crítico de su pequeño mundo.

Si aceptamos lo dicho hasta aquí se deducen seis conclusiones: I. proyecto no es lo mismo que arquitectura; II. teoría y proyecto son términos incompatibles; III. para su comprensión la arquitectura requiere de la teoría; IV. la teoría requiere de una inmersión en un espacio complejo, externo a la pura experiencia del proyecto; y V. la teoría deviene inevitablemente en Crítica. La VI requiere de una explicación. Es que, a diferencia de la noción platónica, la *Theôria* en términos presocráticos no se centra en la iluminación en sí sino en la experiencia de la travesía en su totalidad. Para los presocráticos *Theôria* era sinónimo de travesía. No había una *Theôria* sino varias como tantas travesías se produjeran en el tiempo. Y si hay *Theôria*, y estas son inevitablemente críticas, mi última conclusión no puede ser otra que no hay *Theôria* sin historia.